

Texto: Homero

Destinatario: Portalmundos.com

Autor: Santiago Algora

Homero es uno de esos personajes históricos que más leyendas y misterio encierran. De hecho, al escribir sobre Homero, lo primero que hay que preguntarse es si existió realmente.

Existiera o no, lo cierto es que a alguien llamado así se le atribuye la recopilación de dos largos poemas que se han convertido en piezas clave de la historia de la literatura universal. Se trata de la *Iliada* y de la *Odisea*.

En el primero, que recibe su nombre de la ciudad en la que se sitúan los hechos que narra, - la antigua Ilión también conocida como Troya -, se nos habla de un periodo breve que transcurre durante el décimo año del asedio griego a esta ciudad.

En el segundo, se nos cuenta la historia del regreso a su hogar, después de haber participado en la guerra de Troya, de un héroe griego, Odiseo, más conocido por el nombre que le dieron los romanos, Ulises.

Ambos textos se han estudiado durante ya siglos como piezas fundamentales para conocer la historia de Grecia, sin embargo, ni se trata de textos históricos ni su supuesto autor o recopilador, era un historiador.

Homero, aceptando su existencia, era un poeta o, como dice M. I. Finley, era un narrador de mitos y leyendas que alguien llegó a hacer creíbles. Esto facilitó que Homero se convirtiera en un símbolo de lo que puede entenderse por nacionalidad griega. Desde luego, Homero no fue un historiador y tampoco se puede afirmar que tuviese interés por la historia. Él era un poeta al que atraían ciertos hechos del pasado, nada más.

Podemos situar a Homero en el siglo VIII antes de Cristo y a través de sus poemas nos habla de periodos que, desde luego, son anteriores a él mismo. Muchos autores coinciden en considerar que Homero no tiene por qué ser necesariamente el autor de estos textos sino, simplemente, un recopilador de historias amparado en la tradición oral existente en sociedades iletradas como era la griega de los siglos VIII y VII aC.

Una recopilación que no siempre se basa en hechos históricos ciertos o, al menos comprobables. De hecho, toda la trama sobre la que sustenta uno de esos poemas, la *Iliada*, podría ponerse en duda desde el punto de vista histórico. No siempre Homero y la arqueología van de la mano. Homero debió de conocer, más de oídas que personalmente, el esplendor de sociedades como la micénica, por ejemplo. Ello explicaría las constantes alusiones, en ambos poemas, a circunstancias, hechos y

personajes propios de esa época, a la que por otra parte, se atribuyen aspectos que no son ciertos y que no pueden ser aceptados por historiadores y arqueólogos. Es más no son pocos los historiadores que se preguntan si realmente hubo una guerra de Troya, por ejemplo.

Parece ser que Homero debió vivir en la Jonia, una zona de la parte central de la costa occidental de Anatolia, lo que hoy es Turquía. Es muy probable que nunca saliese de su entorno geográfico y, por lo tanto, que nunca cruzará el Egeo para acercarse a los restos de lo que hasta cinco siglos antes había sido la floreciente civilización micénica. De hecho, siguiendo a Finley, parece que Homero carecía de idea y de conocimientos acerca de la época micénica. Él creía que cantaba, simplemente, el pasado heroico del mundo griego, mundo que él reconocía a través de los poemas transmitidos oralmente por los bardos y oradores habituales. De hecho, es esta circunstancia la que ha favorecido que sea considerado como uno de los grandes poetas mundiales al haber asumido la tradición oral y haberla transformado en poesía de gran calidad.

Y es que claro, el poeta, en una sociedad iletrada como la del mundo griego de los siglos VIII y VII antes de Cristo, no es cualquiera. “Las sociedades que no conocen la escritura dependen de la memoria humana para la transmisión del conocimiento del pasado y de la información del presente”, nos dice Oswyn Murray, por lo tanto, aquel o aquellos que posean una habilidad especial para componer en forma métrica adquirirán un estatus destacado como portavoces de la comunidad, porque no sólo preservan el pasado sino que, además, interpretan el presente.

De ahí la trascendencia de la aportación de Homero. En este sentido, poco importa si realmente era o no ciego, si su memoria se encontraba especialmente desarrollada al no poder ver, si era o no griego, si hablaba o no la lengua de los griegos, si simplemente era un traductor de los poemas al griego... Tampoco se sabe a ciencia cierta de dónde provenía, qué significado tiene su extraño nombre dentro de la nomenclatura griega, si realmente procedía de Jonia o cuál de las siete ciudades que siempre se disputaron su cuna y origen fue la verdadera patria de este hombre.

Lo cierto es que su legado ha permitido escudriñar con precisión en el pasado del mundo griego, confrontar sus poemas con la realidad arqueológica, analizar sus mitos y leyendas, conocer una parte de la historia de un mundo que atravesó por periodos críticos y oscuros, organizar el Panteón heleno a partir de sus aportaciones... No siempre, lo hemos dicho, el contenido de sus versos tiene rigor histórico pero, Homero no fue un historiador, él sólo fue un poeta. Un poeta que vivió una época, que posiblemente engrandeció sus narraciones con los hechos que él creía más sobresalientes de civilizaciones anteriores que él consideraba grandes y que fue el referente absoluto de un fenómeno de unificación cultural y social del mundo en el que vivió.

Finley lo dice con rotundidad, Homero fue el símbolo preeminente de la nacionalidad de su pueblo, “la autoridad intachable de su historia primitiva, y una figura decisiva en la creación de su Panteón”. El propio Platón llegó a decir que había griegos que creían

que Homero había formado a Grecia, que leyéndolo se aprendía a gobernar y a dirigir los negocios humanos y que no podía hacerse “cosa mejor” que regirse por los preceptos del poeta.